
PLATICA VII.

DE LOS ADMIRABLES Y GLORIOSOS EFECTOS DEL SANTO BAUTISMO.

A 10 de Julio de 1692.

LO mas apreciado del cielo y lo mas precioso del mundo, quanto en la estimacion se asemejan son parecidos en el daño y muy semejantes en el remedio. Lo mas apreciado del cielo son las almas, y lo mas precioso del mundo las perlas. Llevóse la perla quizá por retrato de las almas el nombre de preciosa; y tanto, que confirmándosele aquel Mercader Divino que bajó del cielo á poner en nuestro logro sus ganancias, no reparó en dár todo quanto tenia de riquezas solo por ganar esta tan preciosa perla: *Inventa una pretiosa margarita abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam.* Pero hé aquí, que siendo por su naturaleza la perla de tanto precio, de tanto valor, de tanta estima, con todo esto nada vale si alguna vez ofuscado su esplendor de una sombra, sin candor, sin luz, sin oriente, pálida, ahumada y mustia, se desprecia, se

desestima y se arroja. ¡Oh, qué daño por una sombra! ¿Qué sombra fué esta, preguntaría yo, tan enormemente nociva, que así embebiéndose importuna en esta gota del cielo, en este sudor de la aurora, en esta lágrima del sol, trocando su esplendor en oscuridad, le quitó todo el precio á la que por sí habia de ser toda preciosa? Qué sombra tan eficaz, que incorporada en esta perla, en vez de la nativa luz de su oriente, le introdujo maligna la triste oscuridad de su noche? El caso fué, nos diria Plinio, que al concebirse esa perla cuando miraba al cielo por padre, oscuro el cielo entónces, encapotado y turbio, en vez de retratar esa su claro oriente, bebió incorporada en su sér toda la lóbreguez de su noche: *Eundem pallere Caelo minante conceptum.* Desgraciada perla que así perdió todo precio al mismo punto que se estaba concibiendo para preciosa. Mas ya, ¿qué remedio hallaríamos para tan grave daño? ¿Cómo podríamos conseguir que esta perla así pálida, oscura y sin oriente, volviese á conseguir su esplendor y restaurara su luz, su candor, su hermosura y su precio? No es menester mas, dicen los Naturalistas, sino dársela á comer á una paloma, que dentro de su buche sin consumirla el calor, la purifica, la limpia, la blanquea de modo que la vuelve luego ya cándida, pura, resplandeciente y hermosa. Prodigioso secreto de la naturaleza: *Quae gratia*, dijo Francisco Ruego, citado de nuestro Raynaudo: *Quae gratia eis per genesim desideratur, resarcitur per columbas; quae devoratas margaritas puriores tandem restituunt.* ¿De modo que la sombra triste que esa perla contrajo al concebirse y al nacer de su natural madre, la pierde del todo, se purifica y se hermosea cuando vuelve mejor á nacer de una pa-

loma? Raro secreto de la naturaleza; ¿pero quién no advierte ya que he pintado el prodigio mayor de la gracia en las mas preciosas perlas, que son las almas renacidas en el Bautismo de la mas Divina Paloma del Espíritu Santo? Concebimos todos en la noche oscura del pecado original que desde Adán llenó de tinieblas el mundo; y al punto mismo de concebirnos, introducidas en el alma de cada uno estas sombras del pecado, las que Dios habia formado preciosas perlas de toda su estimacion, nacen ya oscuras, sin resplandor, y tan sin precio, que solo son para arrojadas. ¿Qué remedio? Acá ni lo teniamos, ni podiamos por nosotros conseguirlo. Para eso pues, nos instituyó nuestro Señor Jesucristo el santo Sacramento del Bautismo, á cuyas aguas Sacrosantas, á cuyas palabras de vida, bajando al punto del cielo, como allá en el Jordan, diseño de nuestro Bautismo: *Descendit Spiritus Sanctus in columbae specie*; bajando digo, la Paloma mas pura, el Espíritu Santo, metiendo dentro de su Divino seno el alma bautizada, la restituye á su calor soberano, perla resplandeciente, pura, y tan preciosa, que es todos los amores de Dios. Pues mejor diré yo de estas perlas apreciadas del cielo, lo que de aquellas preciosas del mundo decia Ruego: *Quae gratia eis per genisim desideratur, resarcitur per columbam*.

Ya pues, he dicho con esto la mas graciosa eficacia del Santo Sacramento del Bautismo, cuyos efectos, que no bastan á darlos á entender las lenguas de los Serafines, se me siguen hoy en la explicacion. Este es el nacimiento admirable que en el Bautismo nos dice el Catecismo que conseguimos. *¿Qué cosa es Bautismo?* R. *Un espiritual nacimiento, en que se nos dá el ser de gracia y la*

insignia de cristianos? Esta es la Divina regeneracion que dice el Apóstol que conseguimos en aquellas aguas: *Per lavacrum regenerationis*. Déjenmelo explicar todavia con una tosquedad: Nace el oso de la madre; mas de modo que apenas podemos decir que nació, porque nace un bulto tosco, una masa ruda, sin figura, sin forma, sin distincion de miembros, sin variedad de partes; pero la madre luego fomentando aquel bulto feo á su calor, apretándolo entre sus brazos, le vá con la lengua formando los miembros, labrando las facciones, hasta que lo deja en su especie perfecto: pues ahora diria yo que es cuando nace, no cuando salió á luz del vientre de la madre hecho torpe borron de la naturaleza, sino cuando lo forma á boca para que logre las funciones de la vida. Levantad pues la mente de esta tosquedad bruta á la generacion mas Soberana. Nacimos por la naturaleza hijos de Adán, con toda la fiereza abominable de la culpa; ¡qué deformes, qué horribles! Pero cogiéndonos nuestra Madre la Iglesia en su seno, abrigándonos en su vientre, esa es la pila bautismal, así la llama San Crisóstomo, *Uterus Ecclesiae*, en aquellas aguas, aplicando su lengua en su ministro, con las palabras de la forma, al punto, de un abominable monstruo forma retratada toda la hermosura de Dios; de una habitacion del demonio, un templo bellissimo en que habita el Espíritu Santo; y de un hijo de Adán, de la ira y de la maldicion, un hijo de Dios por la gracia. Todo eso pues, hace la gracia en el alma, que es el primer efecto del santo Bautismo. Gracia, define Santo Tomás, es una cualidad sobrenatural, que criándola Dios en el último seno del alma, en ella recibida, unida á ella, como luz la ilumina, como esplendor la ilustra, bo-

rando del todo sus manchas, desterrando sus sombras, llenándola de una celestial hermosura, por la cual es el alma Templo del Espíritu Santo, y se llama y es hija heredera de Dios. ¡Oh, qué dignidad tan indecible! *Videte*, nos grita San Juan, *qualem Charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus*. ¡Qué amor fué este de Dios, que no solo quiso que nos llamáramos, sino que seamos sus hijos con mas propiedad, con mas rigor que lo es cada uno de sus padres naturales, pues que de los padres terrenos no recibimos mas que la materia para el sér; pero que de este Padre Divino, cuando nos reengendró en el Bautismo, recibimos con la gracia un sér todo nuevo, todo soberano, todo deífico, por el cual el mismo Espíritu Santo viene á ser alma de nuestra alma, corazon de nuestro corazon, espíritu de nuestro espíritu! Lo que es el alma en el cuerpo, eso es el Espíritu Santo en el cuerpo de la Iglesia, dice San Agustin; y así tambien á proporcion, eso es en el alma de cada uno de los que están en gracia: *Membra vestra templum sunt Spiritus Sancti*, (I. ad Cor. 6.) que dice el apóstol.

¿Quién pudo oír, católicos, verdades tan grandes, sin concebir pensamientos dignos de un nacimiento tan Divino? *Princeps, ea quae sunt digna Principis, cogitabit*, dijo Isaías. (Isai. 32. 8.) Se corriera un Príncipe de tener tan viles y apocados pensamientos, como si fuera hijo de un lacayo. ¿Pues cómo un cristiano que nació hijo de Dios en el Bautismo, no piensa sino en ganancias de lodo; no aspira sino á altezas de tierra, y no se alegra sino con satisfacer á sus sentidos? ¡Oh, qué pensamientos tan viles para un hijo de Dios! Acordémonos dilectísimos míos, que somos Príncipes

por bautizados, no Príncipes de la sangre terrena, que aunque fuera de todos los mayores Reyes y Monarcas del mundo, toda respecto de esta es basura; sino de la Sangre de Jesucristo, que por el Bautismo nos hizo sus hermanos, dándonos el sér y el renombre excelso de hijos de Dios. ¡Qué vergüenza será, gozando de una dignidad tan sublime, afrentarla con una vida ignominiosa!

Pero todavía, como si fuera poco una dignidad tan inmensa, una dicha tan infinita como nos dá la gracia, aun se juntan tambien los adornos bellísimos que ayudan á mantenernos en ella. Esas son las tres virtudes Teologales, Fé, Esperanza y Caridad, que allí se infunden en el alma para guiarla, para llevarla, para unirla á aquella posesion de la felicidad eterna; y con ellas los siete Dónes del Espíritu Santo, que haciéndole lucida escolta, la defiendan: y por último, como la joya de pecho de inestimables diamantes se le imprime el carácter de cristiano, aquella señal dichosa, si la logra, que no se borrará del alma por toda la eternidad. Y ahora, á tanta hermosura, á tanto esplendor, á tanta luz, ¿dónde está la fiereza horrible de la culpa que poco ha tenia esta alma tan abominable? ¡Oh, gran Dios! *Contribulasti capita draconum in aquis*. Quedó en aquellas aguas ahogado el pecado, sumergido el dragon, huyó el demonio. ¡Oh, cómo llenos de regocijo al sacar los padrinos de la pila á la criatura, debieran cantar mejor aquel himno de accion de gracias, que allá los israelitas al ver ahogado en el mar á Faraon y á sus carros: *Cantemus Domino, gloriosé enim magnificante est, equum, et ascensorem dejecit in mare*. Este es pues el otro efecto del Bautismo, no solo librar al alma de la culpa original, sino que si es adulto el que se bautiza,

lo libra de todos cuantos pecados cometió, sean los que fueren, y de toda la pena que le habia de corresponder en la otra vida. *Nihil damnationis est iis, qui sunt in Christo Jesu*, dijo á este punto San Pablo. Qué bien nos dió á entender esté dichoso efecto aquel suceso tan admirable que refieren gravísimos autores.

Tiridatis, Rey de Armenia, fué sangrientísimo perseguidor de nuestra fé, ejecutando con fiereza bárbara terribles atrocidades en los cristianos. Quiso Dios castigarlo; no como él merecia, sino como lo pedia su piedad; y un dia hé aquí que el Rey y todos los caballeros que le asistian en su palacio, se fueron convirtiendo en inmundos animales de cerda. No porque dejaron de ser hombres, sino porque en la exterior apariencia quiso así el Señor mostrarles su torpe y vil brutalidad: *Erat Tiridates*, dice Metrafraste, *extrinsecus porcus, interna crudelitatis, et cæni voluptatum, et porcine vite simul imago, et paena*. (Sur. tom. 5. 30. sept. in Vit. s. Greg. Mag.) Ellos en fin, Rey y Ministros, se vieron cubiertos de cerdas, armados de colmillos, sangrientos de ojos, hendidos de pesuñas, prolongados de trompas, crecidos de vientres, hozando, gruñendo y destrozándose unos á otros. ¿Qué sería ver aquel palacio convertido en una zahurda? Llenóse de pasmo y admiracion toda la corte. Corrió la voz del prodigio, y corrian todos atónitos á ver aquella maravilla; y á su noticia vino un mártir llamado Gregorio, á quien por la fé habia poco antes dado Tiridates gravísimos tormentos. Entró en la nueva zahurda, juntólos, predicóles la verdad de nuestra fé, oían atentos; enseñóles sus misterios, estaban quietos; propúsoles si querian recibir el Bautismo, dieron á entender que sí con sus

gruñidos y toscos ademanes; y entónces, presente gran número de pueblo, empezó á bautizarlos; y al punto que á cada uno le iba hechando el agua del Bautismo, dejando aquella brutalidad inmundada, se iban volviendo en sus propias figuras de hombres. Bautizólos á todos, y á todos los fué así mudando en hombres, de animales torpes que eran.

Pasma este prodigio aun solo referirlo. ¿Pues qué tiene que hacer la inmundicia, la fealdad, la vileza de un animal de cerda, con la fealdad horrible de la culpa, que siempre destierra del alma el santo Bautismo?—Ya padre, me dirán, pero si este desórden de nuestra naturaleza, si esta rebeldía de nuestras pasiones y apetitos, y si tantas miserias como padecemos de enfermedades, hambres, muertes, y todas las demas; si todo esto nació como de funesto manantial de la culpa original, ¿por qué si en el Bautismo se nos perdona la culpa y la pena que habia de ser eterna, por qué no se nos perdona tambien, y se nos quitan estas miserias temporales?—A tanta pregunta responde no menos autoridad que la del santo Concilio de Trento: Se nos deja la concupiscencia, las pasiones que nos apesgan, las inclinaciones que nos tiran, porque batallando con ellas el espíritu, en esa batalla, en esa lucha á que no le faltará la gracia, logre y fabrique la mas gloriosa corona. En el reloj las pesas lo apesgan, lo abruman; pero como no las dejan correr por sí, sirven para su bueno y consertado gobierno. No son culpa en sí esa concupiscencia, esas inclinaciones; esos apetitos no son culpa en sí, que se turban en esto sin provecho muchas almas que quisieran vivir del todo quietas, del todo sosegadas; y solo porque sienten una inclinacion, un movimiento, ya todo lo dán por perdido. Si se resiste la ra-

zon, si se opone el espíritu, antes está en esa batalla la corona: *Invenio*, decia San Pablo, *invenio aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae*.

Un santo viejo Anacoreta, tenia un mancebo de tan perverso natural, que de obra y de palabra no cesaba de molestar al santo anciano: hurtábale lo que trabajaba, negábale lo que pedia, ya que destituido de fuerzas en una cama no podía por sí valerse; pero á todo el santo viejo callaba, toleraba y sufría, hasta que llegada ya á la hora de la muerte, llegó al mancebo, y cogiéndole las manos con grandes lágrimas, se las besaba repetidas veces, diciendo: ¡Ah, manos para mí felices, y cuánto voy agradecido! *Hae manus mihi coronam texuerunt*. Estas manos son las que me han tejido la corona. ¡Oh, cuánto mejor podrá decir esto mismo el que hubiere resistido bien á la batalla de sus pasiones y apetitos! Estos son los que me han labrado la corona. Para eso pues se nos dejan en el Bautismo.

Y para eso tambien se nos dejan todas las demas penalidades y miserias de esta vida. Lo primero: porque si en el Bautismo nos unimos á ser miembros de nuestra Cabeza Cristo; si su Magestad por nuestro bien se sujetó á estas miserias, ¿qué parecería, dice San Bernardo, que solo gozaran regalos, contentos y delicias, los que son miembros de una Cabeza coronada de espinas? Lo segundo: porque en el Bautismo no se busca lo temporal, sino lo eterno, que si echándonos el mundo de sí con lentas enfermedades, dolores, hambres, muertes, desdichas, con todo eso estamos tan pegados al mundo, ¿qué fuera si en él no tuviéramos sino gustos, placeres y felicidades? Por eso pues nos

dejó Dios infinitamente amoroso estas penalidades, que sirviéndonos de alguaciles, nos hagan volver á buscarlo. *¡Oh tormenta misericordiae, cruciat, et amat!* dijo San Gregorio. Aquel Pródigo, cuando mas perdido, el hambre, la desnudez, las miserias, lo hicieron volver á la casa de su padre. San Wenceslao, Rey de Bohemia, habiendo caído en poder de sus enemigos, y puesto en una cárcel, le preguntaron por burla: *¿En qué se distingue un Rey de un cautivo?* Y él con cristiana libertad respondió: *En que el Rey estaria pensando ahora en las cosas de la tierra; el cautivo piensa en las celestiales: en que siendo yo Rey vivia para mí; en que ahora cautivo vivo para Dios.* ¡Oh efecto admirable de los trabajos! Hacernos levantar hácia al cielo los ojos: *Domine in angustia requisierunt te*, decia el profeta. Lo tercero: se nos dejan esas miserias para que con el sufrimiento y la conformidad con la voluntad de Dios, váyamos con ellas aumentando el caudal de los méritos para entrar con mas y mas gloria en el cielo que nos deja ya abierto y patente el Bautismo.

Ese es el último efecto, abriarnos el cielo que tan del todo está cerrado para los que no lo consiguen. Y este abriarnos el cielo, no es otra cosa que haber limpiado el alma de la culpa, haberle dado la gracia, á que se sigue el tener derecho á la herencia de la gloria. Esa es la bellísima consecuencia de San Pablo: *Si filii et haeredes*. Si somos por el Bautismo hijos de Dios: luego si no nos falta la gracia que nos hace hijos, sin ninguna duda somos sus herederos: *Haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi*. (San Greg. lib. 4. Dial. cap. 26. circa medium.)

Ya vió uno que mientras estaban bautizando,

iba un Angel escribiendo en una nómina, con letras de oro, los nombres de los bautizados. ¡Oh, lista de la vida! ¡Oh, reseña de la eternidad! Y cómo estará ahora en tus archivos escritos nuestros nombres? Cierro ya y explico este efecto infinitamente dichoso, con este admirable suceso.

Refiérelolo el P. Andrés Perez de Rivas en la Historia de las Misiones de esta Provincia de nuestra Compañía de México, (*L. 11. cap. 11.*) en la Mision que llamamos de Parras: Andando en aquellas conversiones, dos sacerdotes de la Compañía llegaron á una ranchería de indios bárbaros: preguntaron si habia algun enfermo, porque en estos como mas inmediatos al peligro se adelanta siempre la diligencia. Respondiéronles que no habia ninguno, porque uno que habia ya el día antes habia muerto. Atravesóles el corazon esta noticia; pero oyendo luego que estaba el cuerpo todavía en su casilla, cobraron esperanzas, porque suelen aquellos dár ya por muerto al que está sentido, y así por muerto le dejan. Fueron allá y hallaron que era así, pues no habia muerto. Hicieron cuantas diligencias les dictó la caridad para que volviera en sí; consiguieronlo, volvió el enfermo, é instruyéndole con la brevedad que pedia, de los principales Misterios de nuestra Fé, á todo estuvo muy atento: propusiéronle si queria ser cristiano y recibir el Bautismo; y dijo muy pronto que sí, que lo queria.—Que si aborrecia sus pecados é idolatrías. Respondió que las detestaba, aunque toda su vida, dijo, que nunca hizo otro mal, ni mató, ni hirió á nadie. Con esto le bautizó un Padre, y viendo que aun sobraba tiempo, le dijo luego, que cómo con tanta facilidad habia consentido en ser cristiano. A que respondió él: Mira Pa-

dre, desde que me dió esta enfermedad, me vinieron á ver dos hombres muy hermosos, vestidos de blanco y todos cercados de luz. Estos me llevaron yo no sé á dónde; lo que sé es, que me hallé en una casa muy hermosa, muy alegre, en que estaba yo contentísimo con los otros que allí ví; y viendo que estaba una silla vacía, me iba á sentar en ella; pero me lo impidieron diciéndome: No, aquí no te puedes sentar hasta que te bautices y seas cristiano: anda, presto llegarán á tu casa dos Sacerdotes que te darán el Bautismo para que con él puedas venir al Cielo. Aquí, faltándole el aliento, cesó de hablar y de vivir, para ir á vivir á la Gloria. Y si ya con santa envidia le siguen nuestros corazones; si como él tenemos todos por el Bautismo abierta la puerta, aliento pues en la batalla, que en ella aún mas que á este se nos previene copiosa la Corona de la Gloria.